

SATISFACCIÓN el mundo de los libros

“la república” prensa argentina en el exilio

“Los militares argentinos asumieron su responsabilidad histórica con plena conciencia de que para consolidar su proyecto político y los designios de sus mandantes internacionales en lo económico, le iba a ser preciso asesinar, secuestrar y desaparecer a miles (...). No ha habido condenados a muerte, ni ejecutados en virtud de una condena de ese tipo, porque se optó por el expedito procedimiento del asesinato con nocturnidad y alevosía”.

Esto señala en su editorial el No. 7 del periódico *La República*, editado por la Oficina Internacional de Exiliados del Radicalismo Argentino, y que dirige el periodista Miguel Angel Piccato. Ese texto editorial, luego de aludir a la insurrección de Irán, que “el ejército iraní no pudo resistir más allá de unos pocos meses”, avizora alguna vez un horizonte semejante para la Argentina: “los militares argentinos —dice— se han ocupado prolijamente de cerrar cualquier otra posibilidad de desenlace de esta larga crisis y son ellos mismos quienes están acelerando su carrera hacia el abismo”.

Así *La República* enfocó la situación de ese país sudamericano cuando, hace exactamente una semana, el sábado 24 de marzo se cumplían tres años del sangriento golpe de Estado que encaramó en el poder al actual gobierno militar que encabeza el general Videla.

Es de resaltar que este periódico se hace en México y constituye, sin duda alguna, el medio más consecuente y de mejor frecuencia entre los producidos por los exiliados políticos argentinos radicados aquí. Al mismo tiempo, es un espacio de debate pluralista y democrático, que suple un papel que no han podido llenar otras corrientes políticas, tanto de cuño marxista como peronista.

Patificando su pluralismo, el No. 7 contiene una encuesta a la que responden cinco políticos rioplatenses, todos pertenecientes a distintas corrientes políticas y de opinión. Manuel Gaggero, por ejemplo, afirma que entre los problemas que debe resolver el movimiento popular argentino el principal es “concretar la unidad”, añadiendo que la misma no debe ser resultado de “un acuerdo coyuntural”, sino “el resultado de las más ricas experiencias de nuestro pueblo”.

Guillermo Greco, ex dirigente de la Juventud Trabajadora Peronista, efectúa un autocuestionamiento: “¿Por qué los partidos que se dicen populares no pudieron impedirlo (al golpe de Estado)? —se pregunta— En suma, ¿por qué fuimos derrotados?”. Y añade: “Queremos aprender de nuestros propios errores. Queremos que tanta muerte, tanto dolor y tanto sacrificio nos sirva para vivir”, acompañando esos conceptos un análisis que centra el tema de la derrota en la descomposición y dispersión del Movimiento Peronista. Ricardo Nudelman afirma, entre otras cosas: “Nos oponemos a todo intento de alentar esperanzas en una solución de recambio proveniente del interior de la junta militar, o de algún sector desplazado de ella”, agregando: “Debemos reconocer que aún estamos retrasados en la construcción de una alternativa democrática para enfrentar a la dictadura”.

El sociólogo Juan Carlos Portantiero centraliza su enfoque en el papel profundo de este proyecto político que dirigen los militares y, sobre todo, en las consecuencias de la política económica que orienta el ministro Martínez de Hoz. Señala que el golpe de 1976 se vincula a “la necesidad de las

clases dominantes locales de ubicarse en la reestructuración de la división internacional del trabajo en curso”, y que el plan de Martínez de Hoz “implica la tentativa más profunda puesta en práctica por los sectores empresariales más concentrados para reajustar la economía y la sociedad argentinas a las nuevas condiciones del mercado mundial”. Y finalmente, el ex diputado Héctor Sandler indica una serie de “conductas debidas”, afirmando que “la principal *conducta debida* —el subrayado es del periódico— por las fuerzas armadas es dejar rápidamente el poder”.

Esta edición de *La República* contiene asimismo otros materiales de interés, como es el reportaje a la madre de un desaparecido en Argentina que relata la odisea cotidiana de las llamadas “las locas de la Plaza de Mayo”, parientes cercanas de militantes populares secuestrados por las fuerzas armadas que todos los jueves se reúnen en una patética, dolorosa manifestación pasiva frente a la Casa Rosada, sede del gobierno en Buenos Aires. También es posible leer un esbozo histórico sobre el movimiento obrero argentino perteneciente a Horacio Alberto Crespo, cuya versión completa publicó *Latinoamérica* N.º 11, revista del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

Y, en la página 7, dos materiales de singular interés que apelan significativamente a la memoria de quienes conocen el proceso político de ese país sudamericano. Uno de ellos comenta el libro *La represión en Argentina, 1973-1974, Documentos*, el cual fue elaborado por “Latin American Studies Association” y editado por la Facultad de Ciencias Políticas de la UNAM. Ese volumen documenta los crímenes políticos ocurridos en Argentina en el período que “transcurre entre el 20 de junio de 1973 (...) y el 31 de diciembre de 1974”, es decir, en plenos gobiernos peronistas. El articulista de *La República* lo evalúa como un material de archivo “imprescindible” y “una memoria molesta pero necesaria para evitar confusiones y acomodamientos futuros en el terreno de la política argentina”. Estas mismas palabras, sin duda, caben para el periodista Ramiro de Casasbellas, quien firma una lacrimosa defensa y recordación del gobierno que encabezara el presidente radical Arturo Illia, y que *La República* toma del periódico *El Día* de La Plata. Aparte de alguna inexactitud histórica que el texto contiene en relación al papel de Juan Domingo Perón en la caída del gobierno de Illia, cabe señalar que esta actitud de Casasbellas es tan tardía como inocua, pues él fue, desde el semanario *Primera Plana*, quien dirigió la campaña de prensa golpista que allanó el terreno al golpe militar que en 1966 llevó al poder a Juan Carlos Onganía. Y, no conforme aún, repitió tan triste papel histórico desde *La Opinión* en los últimos meses del gobierno de Isabel Martínez de Perón. A Casasbellas —no sin ironía— habría que recordarle las palabras que la madre del último rey árabe de Granada le dispensara a su hijo, aquello de no llorar como mujer lo que no supo defender como hombre.

Más allá de los temas a discutir —y esa su finalidad esencial— *La República* surge, pues, como un órgano valioso para el debate de los argentinos en el exilio, como una trinchera de la resistencia a la dictadura de Videla en el exterior y, si cabe, como un tañido irrecusable: “Aunque más no sea cada 24 de marzo hay que recordar estas cosas, para que mañana —cuando mañana llegue— la compasión no nos atonte ni la piedad nos haga renegar de la historia”, recalca en su editorial.

Nota de Antonio Marimón

Abel Posse lleva a su Lope de Aguirre, Ira de Dios, en su novela *Daimón* (Argos/Vergara) a un infierno de conquistador español: a mirar el destino de estas tierras explotadas, arrasadas; piratas o comerciantes da lo mismo; científicos y exploradores para asociaciones dizque geográficas, alimañas traicioneras; apóstoles y enviados pontificos, raza de víboras; mineros, caucheros, todos igual de esclavistas de indios y negros. Lope de Aguirre sufre una transmutación. Primero el amor, que lo apacigua, y que vive en Machu Picchu, con una monja evadida de los votos. Luego el viaje místico, con las drogas indígenas administradas por Huaman, verdadero camino de perfección hacia el nacimiento del ser americano auténtico. El amor y la coca lo dejan seco, espiritual, listo para su peregrinar — como de judío errante — por los 500 años que separan la fundación de su Imperio del Maraño en el Amazonas, y de su encuentro de El Dorado (donde dejó a su gente, bañándose en las arenas de oro), hasta los días actuales, cuando Lope de Aguirre, enflaquecido, es apresado

por la dictadura militar, torturado con la pica eléctrica y los etcéteras manejados por sucesores de sus capitanes, de sus curas, de sus gentes familiares. Le voltearon las uñas con pinzas, como latas de sardinas; lo colgaron de los testículos. . . (“¡Odia! Mientras quieras vengarte, vivirás. El hombre es sólo su rebeldía.”) ¿Y España? Ni por sueño volver. Poco antes de morir, angustiosamente ahogado con el huesito de la suerte de un pollo, en una comilona, se le concedieron a Lope de Aguirre todos sus deseos: “aumentó de peso, de paz, de panteísmo”, enamorado de su Mora reencarnada en una activista de Diego de Torres, un trotsquista-cristiano del Cuzco.

Nada tenía que hacer el conquistador español de las grandes hazañas frente a los actuales *milicos* aliados, como siempre, a la iglesia, enemiga de “los adolescentes que se besan por la tarde en los parques”, de “la liberación de los senos”, con el lema: “represión, productividad, sumisión”.

La reconstrucción del arqueólogo escritor Posse describe la época de pretendida restauración de Tupac Amaru Condorcanqui, luego exterminado y empalado, despedazado entre cuatro caballos. Siglos antes de que Hiram Bingham, de la Universidad de Yale, fuera conducido a Machu Picchu, al Incario, morrió Aguirre el polvo en su camino de Damasco rumbo a la americanización de su ser, a la subamericanización de su corazón. Allí donde copulan los mundos paralelos dejó escapar a su corazón, “tucán preso en la jaula estrecha de su costillar”. Sor Angela se le entregó como “única copa de su semen y de su espíritu” (“en caso de que se vuelque en otra parte, lo cercenarás”), y se acopló ante un Dios noyeurista el 17 de octubre de 1525. El amoralianza sustituyó el amor-guerra y Lope entró al paraíso.

No bajó del país de la poesía hasta que el “exceso de convivencia”, hasta que la exclusividad de la ternura de Angela “se desmoronó en las facilidades de la vida familiar”. Subió a Machu Picchu español y bajó americano, es decir dejándose vivir, en una especie de neutralidad, prefiriendo el destino al propósito, cómplice de la ignorancia y de la derrota. Encontró su Imperio Maraño revuelto; conoció a Bolívar y a Sucre, a Miranda, quienes pretendían restaurar el incario a la inglesa (“dos cámaras, una de comunes y otra de caciques”), pero Bolívar no fue nombrado Inca (“los héroes sólo escriben el borrador de la realidad”).

América inventaba su teoría de la *inmigración* (“crisol de razas”) para acabar con los indios de una buena vez. Inmigrantes todos, hasta los miembros del clero, que nunca quiso

apelar a los indios (“hubiera sido caer demasiado bajo”). Lope de Aguirre vio el desconcierto de la naturaleza (los pájaros y las ballenas se suicidaban), tuvo un ataque de melancolía existencial de más de un siglo, y en tanto se libró la batalla final que marcó el término del dominio de España en América (“le daba asco la historia”). Lope regresó a Machu Picchu a asesinar a su esposa con un cuchillo oxidado (“estaba hecho el fantasma de su fantasma, ¡qué difícil para el hombre de Occidente destruir lo que más quiere!”), comprendió que se dedicaba a *hacer* porque no podía *ser*. Entonces buscó la verdadera voz del animal hombre mascando coca, aspirando polvo de vilca, y no encontró al lobo sino al chimpancé interior (“lo peor de Lo Peor es cuando uno siente que no es nada”). Acuchillada su alma, perdió su identidad y se llenó de universo (“la redcilla de lo real es laberíntica”), hasta los límites de su imaginación. Finalmente salió a Lo Abierto, deshistorizado, bestializado, con pocos resabios de hombridad (“los deseos le duraban poco, no se le ponían rancios”).

Cuando volvió al mundo ya se había republicano (“la demoníaca institución empezaba declarando libres a todos para terminar transformando en esclavos a la mayoría”); moría el 50% de los indios de inanición (“los niños nacían tamaño mono”). Montoneros, cangaceiros, negros agusanados echando ke-rosene sobre las larvas que se alimentaban de su carne, seguían acoplándose sabiendo que sus crían nacían vendidas al *obraje*, a las *senzalas*, a los *caucheros* (neumáticos, impermea-

bles, condones...). La comida diaria de un niño costaba tres días de trabajo de sus padres (“algunos estarían 77 u 83 años para pagar lo debido y liberarse”). Aguirre sintió que le habían cortado “los huevos del alma”, porque ahora era “comprensivo, perdonador profesional, vegetariano espiritual”; en vez de *hacer* o de *ser*, quería *estar*, como los poetas y filósofos antidesarrollistas.

Lope de Aguirre visita el auge de Manaos, capital del caucho ya en pleno siglo xx. Ya no se lo tenía como ibérico, porque su hispanidad se había asimilado a su desgracia. Entonces hubo la gran reunión de americanos, en el interior, en lo intacto, en el corazón del Amazonas; vinieron indios desde la Patagonia y desde los pieles rojas; vinieron también los animales americanos que se expresaban por intérpretes (alguno que otro caribe canibal todavía asó a un europeo explorador). Desde Caupolicán hasta Martín Fierro pasaron todos revista. Se comprobó que la ocupación europea de América era total. De los 91 millones de indios que hubo cuando llegaron Cortés, Pizarro, Lope de Aguirre, sólo quedaban 11 millones de indios puros (los demás habían sido eliminados por la civilización). Incluso las plantas americanas demostraron que estaban ya en minoría frente a los cultivos trasplantados por los europeos. Nadie creía ya en una vinculación con la naturaleza. Había llegado por fin la era del Sol Negro. Nada había que hacer (alguien propuso todavía a los indios “haber sido marxistas, por ejemplo, ¡cosa de haberlos jodido con su propia filosofía!”).

El reforzamiento del caudal blanco en América (la inmigración) y luego el liberalismo hicieron el milagro en una generación. La gente *decente* y *progresista* del centro de las ciudades exigió “la reconstitución moral del tejido nacional”. En México, después de Madero y Zapata, vino Huerta con el modelo de la raza blanca del norte; instauró un gobierno que luego, en las batallas universitarias, mediante el empleo de “fusiles ‘Echeverría’ acabó con centenares de estudiantes contaminados” en la Plaza de las Culturas. La implacable lucha contra “el cáncer de las ideologías contrarias al sentir nacional y al derecho de propiedad establecido” se enderezó contra “los modestos poetas de traje gris”, los humildes “vates suburbanos y sindicalistas que habían tenido la malsana ocurrencia de preferir el socialismo”. Todos ellos “desprevenidos artesanos de la subversión anticapitalista, que habían inocentemente creído que la revolución significaría exclusivamente el asesinato de los otros”. Torturas, desapariciones. . . Lope de Aguirre, el sanguinario, fundador del primer territorio libre de América, el único que osó enfrentarse a Felipe II, es decir, el apátrida, el sin hogar, el sin Dios, en una palabra, el traidor, en balde quiso, avejentado de 500 años, intentar vociferar: “¡Marañones, vengo a hacerme cargo a la cabeza de mi Imperio! ¡Un destino de grandeza nos une!” Lo molieron a palos (“Un exaltado”), le dieron de comer los excrementos del hospital de infecciosas, de beber el orín de las mulas virulentas que se usan para las vacunas, le hicieron *el teléfono* en las orejas; le aplicaron *picana* en la uretra; encías, ano, ganglios. . . “Comprendió lo que él y todos hemos pensado alguna vez: que Cristo hizo una pichincha en materia de tortura. Porque si se piensa lo que pasa en las cárceles sudamericanas, la corona de espinas, los pinchazos de los clavos y arrastrar el leño son cosas de niño que cualquiera elegiría a cambio del *pau de arara*, la *picana* y los mastines masticadores de testículos”.